

CONVERSA
CIONES
CON...

Klaus Mertes

Jesuita, Rector del Canisius-Kolleg de Berlin

La opción por las víctimas

Teresa Forcades i Vila. Médica y Teóloga.
Monestir de Sant Benet de Montserrat.

¿Q *uién es Klaus Mertes?*

Soy rector del Canisius-Kolleg, un instituto de secundaria de Berlín y soy jesuita. Entré en la Compañía de Jesús en 1977, fui ordenado sacerdote en 1986 y desde 1994 vivo en Berlín.

¿Qué papel ha jugado en relación a los casos de pederastia por parte de sacerdotes de la Iglesia Católica?

En enero de este año (2010) vinieron a verme tres ex-alumnos del Canisius-Kolleg que habían cursado sus estudios con nosotros en los años 70 y 80 y me informaron de casos de abuso perpetrados contra los

alumnos del Canisius-Kolleg por parte de dos jesuitas que eran profesores. Comprendí que se trataba como mínimo de cien casos de abuso, y esto por lo que respecta a uno solo de los dos padres implicados, y decidí enviar a los afectados potenciales, esto es, a los alumnos que habían cursado estudios con nosotros entre los años 1970 y 1981, una carta en la cuál les pedía que por favor me informaran de si habían sufrido abusos durante su estancia en el colegio.

¿Tomó la decisión en solitario?

No. Informé al padre provincial y consulté al consejo escolar, mas la carta la firmé yo. La carta fue filtrada a la prensa por uno de los estudiantes y fue publicada el día 28 de enero de 2010. Con ella se desató en Alemania la crisis de los casos de pederastia en la Iglesia católica. A partir de su publicación se dieron a conocer casos parecidos en instituciones religiosas y también no-religiosas de toda Alemania.

¿Sospechaba que podría darse este efecto dominó?

No tenía idea de la magnitud del problema. Era consciente del riesgo de que la carta pudiera ser filtrada a la prensa y pensé que seguramente aparecerían dos o tres artículos al respecto en la prensa local que en cualquier caso no impedirían que me centrara en mi responsabilidad de dialogar con las víctimas.

Antes de que estos tres ex-alumnos le vinieran a ver, ¿sospechó en algún momento que se pudieran haber dado o que se estuvieran dando en su instituto casos de abuso sexual?

Desde que llegué al Canisius-Kolleg a mediados de los años noventa fui consciente de que circulaban rumores en referencia a uno de los padres. La naturaleza de los rumores y el hecho de que provinieran de fuentes independientes los hacía creíbles. En el año 2006 fui informado de forma concreta de un caso de abuso por parte de otro padre; éste era un caso de abuso sexual con violencia física, y la víctima me exigió discreción absoluta. Informé a mis superiores del nombre del autor del crimen más no del de la víctima y se actuó de manera que el padre en cuestión quedara apartado del trato con los niños. Tres años más tarde dejó la Compañía.

¿Cómo valora las dificultades encontradas a estos tres niveles: social, eclesial y personal? Antes de entrar en detalles sobre cada uno de estos tres niveles, ¿podría valorar el grado de dificultad o resistencia encontrado con un número del 0 al 10?

Valoro el grado de dificultad que he experimentado con un 10 en los tres casos. Fue y ha sido difícil. Empiezo con el nivel social. El mismo día 28 de enero, apenas transcurrida una hora desde la publicación de mi carta en la prensa local, tuve una arremetida por parte de un colega aquí en el Canisius-Kolleg que perdió los estribos y exclamaba: '*¿No se da cuenta el padre Mertes de lo que nos está haciendo?*'. En un primer momento el colegio se colocó en el papel de víctima y se sintió amenazado por el escándalo. Para los estudiantes actuales esto representó una estigmatización de su colegio, dado que lo ocurrido hacía treinta años cuestionaba la identificación que sienten con su escuela. Apareció un artículo en la prensa cuyo titular llamaba a nuestro colegio 'La escuela del horror'. Para los estudiantes fue muy difícil soportar esta estigmatización con la que no estaban de acuerdo. Por otro lado, algunas personas criticaron mi actuación desde una posición de superioridad, de 'yo lo hubiera hecho mejor'. A lo largo de los meses he aprendido a adoptar la siguiente fórmula para responder a estas críticas demoledoras: 'Puesto que haga lo que haga siempre lo encuentran equivocado, déjenme hacer lo equivocado que me parezca más bueno'. Es muy fácil tras los hechos opinar sobre lo que se debería haber hecho. Otro aspecto a comentar en este nivel social es que en Berlín existe un movimiento social anti-Iglesia.

¿Anti-Iglesia católica?

Particularmente, pero también contrario al cristianismo en general. Mi experiencia es que las personas que lo forman suelen ser ex-cristianos o ex-católicos que en su juventud han tenido experiencias negativas con la Iglesia. Una herida que no sana. Han existido en nuestra ciudad iniciativas políticas dirigidas a cerrar las escuelas cristianas o católicas. Para poder cerrar las escuelas católicas se debe cerrar primero la más prestigiosa, el Canisius-Kolleg, y para cerrar el Canisius-Kolleg debe desprestigiarse a su rector, debe afirmarse como cosa cierta que yo lo sabía todo desde hacía tiempo y que solamente me decidí a escribir la carta por puro cálculo, porque sabía que de todas formas se sabría la verdad y quería protegerme y proteger la institución. En debates televisivos se ha repetido hasta la saciedad el argumento de que no tiene valor que haya escrito la carta puesto que sabía que de no haberlo hecho a la mañana siguiente las víctimas hubieran hablado; otros afirman que me vi forzado a escribirla por amenazas de los abogados de las víctimas... He declarado oficialmente ante el fiscal del estado cuál ha sido la situación y los motivos de mi actuación, pero esto no me ha ahorrado una cruenta campaña contra mi persona desde las fuerzas laicistas.

¿Cómo ha vivido la situación a nivel eclesial?

Al día siguiente de la publicación de mi carta en la prensa, esto es el día 29 de enero, recibí una carta personal del nuncio comunicándome su solidaridad. El cardenal Sterzinsky, arzobispo de Berlín, también ha estado a mi lado. La conferencia episcopal alemana, por medio de su portavoz en Berlín, me hizo llegar también su solidaridad dos horas después de la publicación del artículo.

¿Había informado a su obispo, el cardenal Starzinsky, antes de enviar la carta?

Sí, él estaba al corriente y también lo estaba el consejo escolar, pero no les pedí su conformidad. La decisión la tomé personalmente. Esto ha sido criticado en diferentes círculos eclesiales. Mi opinión es que a los obispos, por el mero hecho de serlo, no debe cargárseles la responsabilidad de tomar la decisión en un caso complejo como éste. Es un ejemplo del principio de subsidiariedad en el gobierno de la Iglesia.

También el cardenal Schönborn, arzobispo de Viena y presidente de la conferencia episcopal austriaca, me mostró desde el primer momento su solidaridad y me invitó a pronunciar una conferencia en la catedral de San Esteban ante la asamblea diocesana. Por parte de los católicos de base el soporte ha sido mayoritario y muy fuerte.

Por lo que respecta a la Compañía, mi decisión desató una polémica. Acudí a nuestro simposio en la octava de Pascua pensando que iba a ser lapidado por mis hermanos jesuitas. Esto no ocurrió, al contrario. Sin embargo, muchos compañeros me explicaron que durante las primeras semanas tras la publicación de la carta se habían sentido profundamente indignados contra mí y que solamente a medida que fue pasando el tiempo empezaron a darse cuenta de que el problema era real y grave, y que no se trataba solamente de la vanidad personal del padre Mertens.

Sus compañeros creyeron al principio que usted había exagerado.

Creyeron que había reaccionado de forma desproporcionada y en solitario y que había permitido sin darme cuenta que me manipularan, pero esto se solucionó. La enemistad duradera sin embargo ha provenido de ciertos 'círculos católicos oscuros' tal como los denominamos aquí...

En España les denominamos 'la caverna'

Comprendo (*ríe*). Estas personas pregonan que quiero destroz a la Iglesia, que represento la avanzadilla de los enemigos laicistas infiltrados en la

Iglesia, un lobo con piel de cordero, un caballo de Troya... Se ha dado también una crítica clara contra mí porque en las entrevistas con los distintos medios de comunicación que tuve que mantener, he afirmado no solamente que se han dado casos de abuso, sino que las víctimas que en su momento intentaron hablar no fueron escuchadas; o bien, en los casos en que sí fueron escuchadas, los responsables del abuso fueron simplemente trasladados de lugar y siguieron en activo en otra escuela. Por último, he afirmado también que existe algo que podríamos denominar 'un sabor distintivamente católico' en la manera que estos casos de abuso se han cometido. Así como un caso de abuso en la familia Müller es de esperar que presente las características propias de esta familia y un abuso en una escuela pedagógica reformada presentará las características propias de este ambiente propio de estas escuelas, en los casos que he conocido he podido observar características distintivas católicas. Hay ciertos factores en estos casos que remiten a la falta de diálogo sobre la sexualidad característico de los ambientes católicos, factores que apuntan a una doble moral típicamente católica, estas cosas son las que he enumerado y esto lo han vivido muchas personas de Iglesia como una afrenta en contra de la Iglesia y contra su Magisterio. Por otra parte, por parte de personas de Iglesia que me daban su apoyo, he tenido que ir con cuidado para no ser encasillado en el rol de crítico profesional de la Iglesia. Estas son resumidamente las dificultades que he experimentado en la Iglesia.

A nivel personal, lo más duro fue la presión por parte de los medios de comunicación.

Antes de que desarrolle este punto, permítame una pregunta personal que puede naturalmente dejar sin respuesta: ¿experimentó usted personalmente abusos en su infancia?

No, gracias a Dios no he sido nunca víctima de abusos.

Respecto a lo que le decía de la presión de los medios, esto ha cambiado totalmente mi vida durante este último año. La ha cambiado de una forma substancial. Me he convertido en alguien conocido a nivel nacional, he sido requerido continuamente para hacer declaraciones, diariamente he tenido que tomar decisiones sobre lo que debía decir y lo que no, sobre si debía exponerme a los medios y de qué manera. Estas decisiones han estado acompañadas de un millar de dilemas y con independencia de la decisión tomada, siempre aparecían las consabidas críticas y reproches, la soledad en la toma de decisiones, la responsabilidad... Son cuestiones que naturalmente le cambian a uno la vida de forma muy importante.

¿Le han llegado a superar estas cargas?

No. He podido cumplir con todas mis obligaciones.

¿Todas?

Sí, sí (*ríe*).

¿Y no ha adelgazado o engordado durante este tiempo?

He adelgazado diez quilos (*vuelve a reírse*).

Antes me ha señalado que quería añadir algo en relación a las víctimas.

Cierto. Las víctimas no siempre son amables. Son personas que a causa del abuso y de la manera de vivirlo en la familia o en las comunidades han quedado marcadas. El debate público les ha dado a algunas de las víctimas por primera vez el coraje de hablar de su vivencia y la gran ambivalencia en el comportamiento que es propia de este tipo de abusos debe revivirse de nuevo. El niño tiene hacia el adulto y especialmente hacia el profesor una relación de confianza. Algunas víctimas se han mostrado muy vulnerables, llenas de confianza en mí o en la capacidad de la Compañía para curar sus heridas y para compensarles y en cuanto hemos tenido que responder con una negativa a sus peticiones han experimentado una gran decepción.

¿Se refiere usted a una compensación de tipo económico?

Por ejemplo, sí. Cuando han pedido ciertas cantidades y nos hemos visto obligados a decir 'no', la decepción ha sido en algunos casos enorme. Las víctimas me habían dicho en nuestro primer encuentro que venían a mí con una gran confianza y me presentaron un plan detallando la manera como podíamos afrontar conjuntamente esta situación de abuso en la escuela. Les tuve que responder que no existía este 'nosotros' con el que ellos contaban: ellos son víctimas y yo, objetivamente hablando, pertenezco al bando de los que han cometido los abusos. Si en estas condiciones elaboramos un plan de acción conjunto, ellos pierden su interlocutor. Aquí existe un conflicto que no debe ser disimulado.

¿Y esto se lo dijo de buenas a primeras, en su primer encuentro? No debió resultar fácil.

No lo fue. Pero se lo dije inmediatamente, lo tuve claro desde el principio. Esto fue para algunos una decepción, pero era la única manera de mantener la confrontación entre las víctimas y la institución. De esta manera quedaron claros los términos del conflicto y se pudo expresar el odio.

¿El odio por parte de los tres ex-alumnos que tuvieron la iniciativa de venir a verle?

No, no me refiero a ellos. Su iniciativa ha permitido que más de doscientos ex-alumnos denunciaran que habían sufrido abusos en nuestras escuelas.

¿El problema no afecta solamente al Canisius-Kolleg?

Afecta al conjunto de escuelas que los jesuitas tenemos en Alemania.

Lo que quería decir es que tras la revelación de la magnitud del problema se produce la agresión, el odio, la ira, la solidaridad de un cierto tipo de prensa con las víctimas, y aparecen los grupos dispuestos a utilizar a las víctimas para avanzar una determinada agenda política en la Iglesia. A veces, las mismas víctimas tienen una determinada agenda política que desean que avance posiciones en la Iglesia, o se han separado de la Iglesia y la odian a causa de las experiencias que han tenido que soportar en ella. Enfrentarse a este odio, a las heridas aún abiertas, esto es lo más extenuante de mi experiencia. Ciertamente, salir al encuentro de la ira y los sentimientos de odio de las víctimas sin procurar esquivarles, esto es lo más duro. Permanecer ahí. Solamente a través de esta permanencia se puede abrir la posibilidad de una reconciliación, lo cual según entiendo debería ser el principal objetivo de este proceso.

¿Los tres ex-alumnos que tuvieron la iniciativa de visitarle, le conocían personalmente?

Conocía personalmente a dos de ellos, con los cuáles había coincidido en otros encuentros que no tenían nada que ver con este tema.

¿Conoció personalmente a los que cometieron los abusos?

No.

¿Viven todavía los responsables de estos abusos?

Ambos padres que perpetraron abusos en el Canisius-Kolleg viven todavía. Uno se encuentra en Latinoamérica. El otro está aquí en Berlín pero no puedo revelar su dirección.

¿Ambos siguen siendo jesuitas?

No. Los dos abandonaron la Compañía en los años noventa. Pero estos dos padres no fueron los únicos. Hay más y algunos siguen en la Compañía, todavía son jesuitas.

Ha valorado usted con un 10, la máxima puntuación, las dificultades encontradas tanto a nivel social, como eclesial, como personal. ¿Con qué número valoraría el apoyo recibido a estos tres niveles?

A nivel personal valoro el apoyo recibido con un 10. A nivel de Iglesia, diría un 5. A nivel social... (duda)

¿Menos 5?

(Ríe) Un 4 o un 3. Y sin embargo, existe también una parte de la sociedad que me ha brindado su apoyo, incluso periodistas... Mi valoración final es también de un 5 para el nivel social.

Un 5 para la Iglesia y un 5 para la sociedad

Así es.

¿Ha tenido miedo? ¿Cuáles son los principales sentimientos que ha experimentado?

Es una pregunta difícil. Al principio no tenía tiempo de pensar en sentimientos, me encontré de pronto en medio de un tsunami y lo único que podía intentar era sobrevivirlo. Una lucha por la supervivencia. El segundo sentimiento fue pronto una alegría muy grande. Una alegría porque las víctimas tomaban la palabra y esto es una oportunidad para la Iglesia, una oportunidad de oír algo importante. Muchas personas desconocidas se han puesto en contacto conmigo o me han escrito, diciéndome que gracias al debate abierto a partir de los abusos en nuestro colegio, se habían atrevido por primera vez a hablar del abuso que habían sufrido a manos de su propio padre o de otro familiar cercano.

Ha sido un proceso liberador.

Sí, una liberación. Exactamente. Lo he podido observar y me he alegrado profundamente. Un tercer nivel de sentimientos lo constituye el miedo a la lapidación por parte de tu propia gente, tanto en la Compañía como en la Iglesia en general. Este ha sido un sentimiento fuerte que me ha acompañado en todo el proceso. Y, por último, a partir del verano de este año (2010) he sentido un gran cansancio.

Ya tengo bastante. Gracias, Dios mío, por haberte fiado de mí para este trabajo, pero ya tengo suficiente. ¿Algo así?

Más o menos, sí.

¿Se arrepiente de algo de lo que ha hecho o de cómo lo ha hecho? ¿De algo que no ha hecho? ¿Qué ha encontrado a faltar?

De hecho no hay nada de lo que me arrepienta. Quizás en algunas de mis declaraciones públicas he utilizado a veces formulaciones que no eran suficientemente inteligentes y dejaban la puerta abierta a la manipulación.

¿Puede poner un ejemplo?

Por ejemplo he declarado que no se trataba del abuso perpetrado por una o algunas personas concretas, sino que la responsable última era la Iglesia Católica como institución y en este sentido he aplicado a la Iglesia católica la expresión 'una institución criminal'. Con esto naturalmente no pretendía definir a la Iglesia católica como una institución criminal en el sentido que lo pueda ser la Mafia, por ejemplo, es decir, una institución creada para llevar a cabo actos criminales, una institución cuyo objetivo es el crimen. Esta es la definición precisa de 'institución criminal' y en este sentido la Iglesia católica naturalmente no merece este nombre. Mi afirmación se refería a la necesidad de que la Iglesia reconozca su co-responsabilidad y no pretenda lavarse las manos responsabilizando a algunos individuos de forma aislada. Que reconozca 'el sabor católico' del que hablaba antes, tanto en los actos cometidos como en la manera de ocultarlos. Los enemigos que me he ganado en el curso de este proceso y que me odian han aprovechado fallos como este para golpearme duro. Esto son algunos errores que he cometido. De todas formas, los considero fallos tácticos, que no tienen suficiente entidad como para merecer una respuesta de arrepentimiento por mi parte. Fallos importantes, de fondo, creo no haber cometido.

*Hasta aquí mis preguntas directas sobre su experiencia personal.
¿Desea añadir algo?*

No, está bien.

Si aún dispone de tiempo, me gustaría formularle a continuación algunas preguntas de tipo más genérico o teórico.

Adelante.

¿Cree que pederastia y celibato están de alguna manera relacionados?

No lo creo. Considero que este planteamiento nos remite a un debate falso. En primer lugar es un planteamiento que no se ve corroborado por los datos estadísticos. No hay más casos de pederastia entre los célibes. Y la

presuposición de este planteamiento es una banalidad. De la misma manera podríamos afirmar que la familia como institución favorece la pederastia, puesto que es en su seno que se cometen la mayor parte de los abusos. Estos son errores de lógica que debemos evitar en este debate. Hay sin embargo un aspecto en relación al cuál creo que existe una conexión que debemos tomar en cuenta: un joven católico que descubre en sí mismo tendencias pedófilas no se alegra de ello, sino que lo normal es que experimente un profundo sentimiento de culpa. En este contexto es pensable que una vida de celibato se presente como algo atractivo y que este joven opte por ella con la intención de dominar sus propias tendencias y de protegerse a sí mismo y a los demás de ellas. Por esto es tan importante que en los criterios de admisión a la vida consagrada y al sacerdocio se preste atención a la dimensión sexual, para evitar que ingresen en ella personas que buscan controlar mediante el celibato tendencias sexuales que consideran pecaminosas.

¿Cree que pederastia y homosexualidad están de alguna manera relacionadas?

La pedofilia y la homofilia son dos orientaciones sexuales que no tienen nada que ver la una con la otra. Sin embargo, la mayoría de los abusos a menores no son pedófilos, sino que son actos de abuso que cometen varones o mujeres homo o heterosexuales utilizando al menor como objeto de deseo substitutivo. Cuando me presento para dar clase a un grupo de estudiantes y hay una especialmente bonita, cierro los ojos y digo a Dios: 'Gracias por haber hecho algo tan maravilloso'. Como adulto, es normal experimentar un cierto atractivo erótico por los o las adolescentes. Y esto es el caso tanto para adultos heterosexuales como homosexuales. La noción de 'efebofilia' se refiere también a esta atracción que un adulto puede sentir por un joven púber que sustituye al compañero o compañera sexual con el cuál podría establecer una relación de igual a igual. Es importante insistir en el hecho de que la mayoría de abusos contra menores son cometidos por adultos heterosexuales u homosexuales que los utilizan como objeto erótico substitutivo. Me gustaría aún añadir algo. En los casos de abuso homosexual, cuando el menor experimenta placer sexual –cosa que puede ocurrir– a causa del magisterio católico acerca de la homosexualidad la situación se agrava por sentimientos de culpa y vergüenza. Es por este motivo que las personas homosexuales que han sufrido abusos de menores solamente pueden sanarse o liberarse cuando rompen de forma explícita con el magisterio católico por lo que respecta a la homosexualidad.

Me parece una precisión importante.

Es muy importante.

¿Son las víctimas de abuso en colegios de la Compañía niños y niñas por igual?

La gran mayoría son niños, puesto que nuestros estudiantes eran en esos años solamente varones. Uno de los abusadores tiene una denuncia que afecta también a una niña.

¿Solamente una?

Sí, pero varias veces.

En las palabras pronunciadas con motivo de la clausura del año sacerdotal, el papa Benedicto XVI afirmó que a fin de solucionar el problema de la pederastia en la Iglesia Católica, debemos identificar a tiempo a las personas capaces de cometer estos crímenes y evitar que ingresen en el sacerdocio o en una orden religiosa. ¿Cuál es su opinión al respecto?

Este es por supuesto un aspecto del problema. Debemos conseguir que los criterios de ingreso al seminario sean más selectivos. El problema es que no hay ninguna persona que tenga tendencias pederastas o una sexualidad inmadura que esté en disposición de hablar sobre ello. Así, la pregunta obvia es: ¿cómo reconocer a estas personas? Le pondré otro ejemplo: cuando se anuncia que ningún varón homosexual puede ser admitido en un seminario católico, la consecuencia es que los varones homosexuales que desean ser sacerdotes ingresan igual, pero ocultan su homosexualidad. El problema no se resuelve solamente con limitar los criterios de admisión. Debemos facilitar en la Iglesia un diálogo sobre la sexualidad en primera persona, un diálogo sobre la propia sexualidad, que no reporte consecuencias disciplinarias. Esta es una lección que debemos aprender del escándalo de la pederastia. Si no lo hacemos, entonces nos volveremos a encontrar con el segundo fallo que hemos tenido, esto es, que el problema no se reduce a la prevención de los abusos, sino que contempla así mismo la respuesta a los abusos cuando éstos lamentablemente se dan. Lo podríamos denominar una prevención de 'apartar la vista'. Debemos prepararnos para ver, para reconocer el abuso cuando éste se da y para escuchar a las víctimas cuando toman la palabra. En conclusión, creo que el Papa estaba en lo cierto cuando enfatizó la necesidad de establecer mejores criterios de admisión al seminario, pero con esto no hay suficiente.

¿Cree que es deseable evitar que varones homosexuales se ordenen

como sacerdotes? ¿Cree que es posible?

Conozco a muchos sacerdotes y compañeros jesuitas que son homosexuales y que por supuesto viven en celibato. No hay razón para afirmar que una persona homosexual no pueda vivir en celibato a causa de su orientación sexual. Esto es una discriminación en contra de los sacerdotes que son homosexuales y son fieles al celibato. Ni los varones homosexuales son pederastas o criminales en potencia, ni están sometidos a una presión mayor que los sacerdotes heterosexuales por lo que respecta a romper su celibato.

¿Espera que la denuncia de los abusos en la Iglesia no sirvan de alibi para no afrontar el problema enorme en la sociedad, de suerte que se convierta a la Iglesia en chivo expiatorio de una mala conciencia social que así quedaría enmascarada, dejando indefensos a los niños frente al amplísimo problema general?

Sí, por supuesto. Esto está pasando y se trata de un ejemplo clásico de intentar solucionar un problema sistémico culpando a una minoría. Es la misma estrategia que ha utilizado la Iglesia católica con las personas homosexuales. Esto es una discriminación inaceptable y además no es efectiva para solucionar el problema. Al contrario. Para seguir con el caso de nuestro colegio: los jóvenes de nuestro colegio escribieron al inicio de los años ochenta una carta al padre rector denunciando que en nuestra escuela los jóvenes homosexuales sufrían presiones indebidas. Uno de los abusadores animaba a los jóvenes a masturbarse en su presencia mientras les mostraba fotografías pornográficas de actos homosexuales y heterosexuales. Luego les preguntaba a los jóvenes con qué tipo de fotografías habían experimentado mayor excitación. A los jóvenes que respondían que les excitaba más la pornografía homosexual les llamaba maricones y luego se burlaba de ellos delante de los demás. Cuando las víctimas intentaron hablar la respuesta fue que no existían los jóvenes homosexuales y que si algún joven creía que era homosexual era que estaba enfermo y debía ir al médico.

¿Esto forma parte de lo que ha denominado el peculiar sabor católico de estos casos de abuso?

Sí, claro. El Magisterio debe considerar qué consecuencias para las víctimas tiene su peculiar posición respecto el tema de la homosexualidad. Este mismo año hemos oído declaraciones por parte de representantes de la Iglesia Católica que están incluso por debajo del nivel del actual catecismo sobre este tema. Un obispo ha declarado que la homosexualidad en sí es

pecado. Esto contradice incluso al catecismo católico. Es increíble hasta qué punto en las más altas esferas católicas se puede hablar irreflexivamente sobre este tema.

Me doy cuenta que se siente usted indignado cuando trata este punto.

Sí, indignación es lo que siento.

¿Cree usted que es correcto afirmar que las autoridades de la Iglesia Católica han tenido como primer objetivo encubrir el asunto, procurar que no se conozcan las dimensiones reales del problema? Si es así, ¿por qué?

El ocultamiento de los hechos por parte de las autoridades eclesiales tiene aspectos diversos que nos remiten a problemas eclesiales de carácter sistémico. El primero por supuesto es la perspectiva de la Institución. El pavor a perder la buena imagen de la institución. El miedo a perder el prestigio de la escuela, o de la orden o de la Iglesia en su conjunto. El segundo aspecto es un dilema: el dilema en el que me encuentro cuando se me presenta un joven y me cuenta que un compañero jesuita ha abusado de él. Lo primero que debo preguntarme es: ¿creo lo que me está diciendo este joven, o no? Si le creo o no tiene por supuesto enormes consecuencias en la manera como procederé. Pero en cualquier caso debo mantenerme fiel al proceso, esto es, no puedo acusar a nadie sin pruebas. Sin embargo, cuando le digo a la víctima: 'Debo hablar de esto con él'. La víctima me responde: 'No le diga nada. Le tengo miedo. No le diga nada'. Éste es un problema real y profundo que creo que debe solucionarse con el establecimiento de interlocutores válidos designados por la Iglesia pero que no tengan ninguna relación personal con los abusadores; personas que no sean ni clérigos, ni sacerdotes, ni personas consagradas. Como compañero de un jesuita acusado viviré siempre este dilema de lealtades y creo que en muchos casos este dilema ha favorecido el ocultamiento, ya que algunas personas han sentido que era su obligación ayudar al abusador más que a la víctima. Se han dicho a sí mismos: 'él está enfermo, necesita una terapia'. Lo han cambiado de lugar. El abusador ha dicho: 'no lo volveré a hacer nunca más, haré la terapia'. Hasta que tras un cierto tiempo la situación de abuso se ha repetido. La obligación a acompañar espiritualmente al abusador se valora por encima de la obligación de acompañar espiritualmente a la víctima. Ésta última se ha olvidado. Estos factores combinados han causado el ocultamiento que ahora lamentamos, que se haya barrido debajo de la alfombra. Y los que más han sufrido a causa de ello han sido las víctimas. Su sufrimiento no fue ni siquiera visto, no fue reconocido.

¿Qué opina de la expresión ‘democracia interna’ aplicada a la Iglesia Católica? ¿Cree que una estructura más democrática hubiera evitado alguno de estos problemas?

Para mí está claro que un caso de abuso no se puede resolver desde el interior de la institución. Es esencial permitir que el caso se abra a un juicio externo. Es necesaria una mediación y un control externo. Permitir esto resulta particularmente violento para la Iglesia Católica. Las directrices de la Iglesia Católica determinan que al menor indicio de un caso de abuso debe informarse inmediatamente al superior jerárquico y esta información queda entonces protegida por el secreto papal.

¿Esto ha sido así hasta ahora?

Sí, los escándalos recientes han introducido algunos cambios, pero de forma lenta. En los casos que nos afectan, por ejemplo, la Iglesia trabaja conjuntamente con los fiscales del estado y con las instituciones del estado que se ocupan de estos asuntos. Naturalmente en España o en Alemania la situación es distinta que en Burkina Faso. Allí donde rige el Estado de Derecho, la Iglesia debe abrirse a la mediación externa. Un caso de abuso dentro del propio sistema no puede de ninguna manera resolverse exclusivamente dentro del propio sistema. Este es un punto en el que la Iglesia debe cambiar, debe abrirse. El otro punto en relación al cual debe abrirse la Iglesia tiene que ver con su comprensión de la autoridad. Algunas víctimas han hablado con sus padres sobre lo que les ha ocurrido y han recibido por parte de ellos la respuesta: ‘Así no se habla nunca de un sacerdote’. La exaltación de la figura sacerdotal impide un discurso libre y crítico acerca de los problemas que afectan al sacerdote o a la jerarquía eclesial. Por tanto, en la Iglesia debemos empezar a aprender a dialogar sin apelar al principio de autoridad en cuanto aparece un discurso crítico.

No me siento muy cómodo con la expresión ‘democratización de la Iglesia’ porque me parece abierta a muchos malentendidos. No se puede por ejemplo tratar mediante voto democrático los dogmas de fe o las preguntas acerca de la fe. Pero creo que resulta de la máxima importancia hablar del principio de subsidiariedad. La Iglesia Católica fundamenta en la personalidad, la solidaridad y la subsidiariedad su magisterio social. La tendencia de los últimos veinte o treinta años ha sido el centralismo, es decir, la anti-subsidiariedad. La competencia de las conferencias episcopales debe reforzarse y la de cada obispo particular. Cada obispo tiene la obligación de formular su propio magisterio. Lo que la Iglesia predica acerca de la subsidiariedad en su doctrina social debe aplicárselo a sí misma. Debe descentralizarse. El principio de subsidiariedad es a mi entender la base de una reforma de la Iglesia.

Volviendo para terminar al tema de esta entrevista, ¿cómo está en este momento la situación entre las víctimas de abusos por parte de jesuitas y la Compañía de Jesús?

En este momento estamos discutiendo la cuestión de la compensación económica, la cuantía de la compensación. Quizás se revelen aún algunos casos más, pero creo que la mayor parte han salido a la luz y nos enfrentamos a unos costos de compensación muy, muy elevados. Hablamos de 100.000 euros por víctima. Algunos han llegado a pedir un millón de euros por víctima. Estas cifras reflejan las compensaciones obtenidas por las víctimas en los EEUU. Tenemos unas doscientas víctimas, por tanto a 100.000 euros por víctima estaríamos hablando de 20 millones de euros. Esto no lo podemos pagar. Imposible. Nos hemos preguntado: '¿qué es lo que se pretende con el establecimiento de una compensación económica?'. Debe dejarse claro que muchas víctimas no exigen ninguna compensación económica, pero en los casos en que esto se exige, ¿qué se persigue con ello? Me parece claro que por parte de las víctimas la posición es: 'una simple disculpa no es suficiente', 'una petición de perdón aunque sea sincera no es suficiente'. Y esto es importante. Nos hemos reunido con algunas de las víctimas que están organizadas en una plataforma llamada Eckiger Tisch (La mesa con esquinas,) y nos hemos convencido de que un signo de arrepentimiento debe ofrecerse en forma de una suma simbólica que sea estándar para todos los casos de abuso, que no distinga según la gravedad y que cumpla la condición que nos dañe a los jesuitas, que la suma total de las compensaciones no sea algo que podamos asumir sin cambiar nuestro estilo de vida. Si fijamos por ejemplo, tal como ha sugerido el cardenal Schönborn de Viena, la cantidad simbólica de 5.000 euros por víctima, teniendo en cuenta que se trata de 200 víctimas, los jesuitas alemanes deberíamos pagar un millón de euros. Un millón que no debemos sustraer de las prestaciones que reciben nuestros estudiantes o los empleados que trabajan para nosotros, sino que debe comportar cambios en nuestro estilo de vida. Esto es lo que quiero decir con que tenemos que hacer algo que 'nos haga daño', algo que nos afecte personalmente. Las víctimas han opinado que económicamente esto es totalmente insuficiente, mas nosotros creemos que esto es justo y nos mantenemos en ello. He oído que algunas víctimas gracias a este gesto han empezado a estar en disposición de perdonar.

¿Qué significa en la práctica algo 'que haga daño' o que obligue a cambiar el estilo de vida?

Sobre esto debemos hablar concretamente en la orden.

¿Significa que no pueden irse de vacaciones, por ejemplo?

Hablamos de limitaciones en el estilo de vida personal. En nuestro próximo simposio deberemos hablar de ello concretamente. Cuando lo hagamos, se darán cuenta muchos compañeros jesuitas, que hasta ahora han vivido felices dejando que sus superiores lidiaran con el problema, que esto a ellos también les afecta. '¿Por qué debo renunciar a mi coche, solamente porque hace algunos años existieron dos abusadores en la Compañía y un superior que no supo reaccionar como es debido?'. Esto promoverá una discusión a fondo en la Compañía y esto es bueno. No es correcto eludir el problema dejándolo en manos de los superiores.

Creo que hemos llegado al final de la entrevista. En nombre del consejo de dirección y de los lectores de Iglesia Viva le agradezco la amabilidad de atendernos. ¿Desearía añadir algo más?

Creo que lo he dicho todo.

Nota final:

Esta entrevista se llevó a cabo en Berlín a finales de octubre de 2010. El 25 de marzo de 2011 *Spiegel-Online* publicó la noticia de que los jesuitas del noroeste de los EEUU han accedido a **pagar 166 millones de dólares** en concepto de compensación económica a las aproximadamente 500 víctimas que sufrieron abuso sexual por parte de jesuitas en su provincia. La mayoría de estas víctimas parecen ser muchachas indias o esquimales de Alaska que habitaban en las reservas o los pequeños pueblos que los jesuitas atendían. Se ha criticado a la Compañía que utilizó estas localizaciones remotas como lugares de misión para jesuitas con problemas. El caso alemán sigue a día de hoy todavía abierto sin que haya sido posible hasta el momento llegar a un acuerdo entre la Compañía de Jesús y las asociaciones de víctimas.